

SOBRE SUEÑOS QUE NO TIENEN POR QUÉ LLEGAR A PESADILLAS

Jaime R. Colón Meléndez
Departamento de Ciencias Sociales
Universidad de Puerto Rico en Arecibo

*Para Anayra Santory, que insistió en la importancia de
mantener vivo este diálogo con José*

En una entrevista concedida en mayo de 1984, poco antes de fallecer, Michel Foucault tomaba distancia de la figura del polemista. El polemista, decía entonces Foucault, “...no tiene ante él a un interlocutor en la búsqueda de la verdad, sino a un adversario, un enemigo que es culpable, que es nocivo y cuya existencia misma constituye una amenaza. [Por tanto,] ...para él, el juego no consiste... en reconocerlo como sujeto que tiene derecho a la palabra, sino en anularlo como interlocutor de todo diálogo posible, y su objetivo final no será el de acercar tanto como se pueda una difícil verdad, sino el hacer triunfar la causa justa de la que desde el comienzo es el portador manifiesto. El polemista – concluía Foucault – se apoya en una legitimidad de la que, por definición, es excluido su adversario”.¹

Si me he tomado la libertad de iniciar mi intervención parafraseando extensamente a Foucault, es porque pienso que ese breve texto de 1984 ofrece valiosas pistas para identificar el horizonte ético del **Sueño que no cesa**. Foucault, en las postrimerías de su vida, había llegado al convencimiento de que, históricamente, la polémica ha sido una figura parasitaria de la discusión y un obstáculo en la búsqueda de la verdad,² entendida ésta como el resultado de múltiples imposiciones que a su vez producen efectos reglados de poder. Rodríguez, aunque no comparte, aparentemente, el interés de Foucault en la búsqueda de la verdad, se aproxima a su objeto de estudio, no con el ánimo del polemista, que sólo busca aniquilar a sus contrincantes, sino con el afán

¹ Michel Foucault. “Polémica, política y problematizaciones”, en **Estética, ética y hermenéutica** [Obras esenciales, vol. III]. Barcelona, Paidós Ibérica, 1999, p. 354.

² **Ibíd.**, p. 354.

de quien aspira, cuando menos, a propiciar una discusión más o menos honesta (lo cual no es poca cosa, en estos tiempos de fanatismos e intolerancias de toda índole).

Esa disposición a convertir este texto en un espacio de discusión es, en sí misma, altamente meritoria; pero lo es aún más si se toma en cuenta que los interpelados ya están muertos. Cuando aquellos con quienes pretendemos discutir ya nada pueden añadir a lo que en vida dijeron o escribieron, es fácil caer en la tentación de dedicarnos, cual modernos inquisidores, a detectar, a diestra y siniestra, herejías dignas de la más enérgica condena. De esa tentación, al menos, nuestro amigo sí ha podido librarse.

¿Para qué, entonces, entablar una discusión con los exponentes de estas diversas variantes del discurso nacional? No para intentar demostrar la falsedad de cada una de ellas y a partir de ahí sustituirlas con un meta relato capaz de aportar las respuestas “verdaderas” a las interrogantes sobre lo nacional. Se trata, en cambio, de “genealogizar” las variantes del discurso nacional, con el propósito de escudriñar las formas de saber y poder a partir de las cuales definen su objeto, construyen sus enunciados de verdad y proponen unos principios éticos. De ahí la importancia que asumen en el contexto de esta genealogía los análisis de las tácticas y las estrategias con las que estas distintas variantes del discurso nacional intentan hacer avanzar sus respectivas posiciones. Y es que lo que se busca a través del análisis genealógico es describir la manera en que los hombres han organizado, a través del juego de su mirada, el espectáculo del mundo, sin plantear la cuestión de si ese espectáculo es verdadero o no.

En este monumental esfuerzo de reconstrucción de los escenarios en los que lentamente fueron cobrando forma algunas de las modalidades más emblemáticas del discurso nacional puertorriqueño hay muchos otros aciertos que merecen ser destacados. Me limitaré, no obstante, a mencionar sólo unos pocos. Por muchas razones, estimo que el capítulo dedicado a Pedreira figura entre lo mejor que se ha producido en la historiografía de nuestro país. En un estilo rizomático que para algunos puede resultar desesperante, se va recreando pacientemente a lo largo del capítulo el debate cultural en cuyo centro se encuentra Pedreira. El resultado es un poderoso relato historiográfico, extraordinariamente esclarecedor y lleno de agudas intuiciones. Merece una mención especial el fino equilibrio que logra Rodríguez para, sin ocultar su desacuerdo con la

mayoría de las tesis de Pedreira, tratar de captar con la mayor fidelidad posible la lógica a la cual responden esas tesis.

Son extraordinariamente agudos también los análisis sobre el papel del campesinado en el discurso muñocista y sobre el papel del mito en el discurso albizuista. De un mérito indiscutible son, asimismo, los esfuerzos para mostrar los contextos históricos y discursivos bajo los cuales surgieron algunas de las premisas inarticuladas que aún orientan nuestro proceso político (como la que sostiene, por ejemplo, que las elecciones no tienen un carácter plebiscitario).

En cualquier caso, no sería muy honesto si pretendiera dar la impresión de que todo el texto me satisface. Estoy plenamente convencido, por ejemplo, que el capítulo sobre Muñoz sigue pidiendo a gritos una paciente labor de edición, para la cual mi entrañable amigo se encuentra irremediabilmente incapacitado. Todos los que han estado familiarizados con el tortuoso proceso de gestación de este texto voluminoso e incisivo, pueden dar fe de la prodigiosa rapidez con que se multiplicaban las páginas cada vez que Rodríguez se empeñaba en editar alguno de los capítulos. Sospecho que si el libro no es aún más voluminoso, seguramente obedece a que Elizardo Martínez nunca se empeñó demasiado en intentar que Rodríguez lo editara nuevamente.

Y entonces está Albizu. Quizá la única reserva de envergadura que tengo respecto a **El sueño que no cesa** se relaciona con esa extraña sensación que se experimenta cuando, al cabo de más de medio millar de páginas, termina uno con la duda de si en todos los casos fue igualmente incisivo el genealogista. Resulta particularmente intrigante el empeño de atenuar el fuerte sesgo autoritario del discurso albizuista y de hacer aparecer ese discurso como tributario de la tradición liberal. No se trata, entiéndase bien, de que Rodríguez ignore cuán problemático es el albuzismo. De hecho, es el primero en reconocer la contradicción en que cae este último cuando, por un lado, “afirma la nacionalidad como un producto histórico”, mientras, por otro lado, define esa misma nacionalidad “como una esencia cuya historia se reduce a la reproducción de una identidad inmutable”.³ Igualmente reconoce que, al definir la nación “como un cuerpo espiritual formado por la religiosidad que animaba a sus habitantes”, el albuzismo

³ La caracteriza, en efecto, como “...una de las grandes contradicciones del modelo esencialista”. José J. Rodríguez Vázquez. **El sueño que no cesa. La nación deseada en el debate intelectual y político puertorriqueño, 1920-1940**. San Juan: Ediciones Callejón, 2004, p. 234.

experimenta un desplazamiento que termina ubicándolo en el terreno del modelo romántico-cultural.⁴ Habría que decir, en fin, que el tema del autoritarismo de Albizu no está totalmente ausente en **El sueño que no cesa**.⁵ Pero todos estos señalamientos -y es ahí donde radica el problema- se hacen casi de pasada, como si se tratara de presencias más bien accidentales en un cuerpo doctrinario sólidamente anclado en la tradición filosófica liberal.

Parecería que el liberalismo con el que se asocia en el texto a Albizu se fundamenta en su defensa de un régimen republicano de gobierno y de una economía capitalista en la que habrían de predominar los pequeños propietarios. Pero ésas, en mi opinión, son condiciones necesarias, más no suficientes, para obtener el retrato de un “buen liberal”. Estoy muy consciente de las dificultades que enfrentarían quienes intentaran llegar a un acuerdo respecto a los rasgos básicos que deberían figurar en ese retrato. Pero también estoy convencido de la incompatibilidad entre el liberalismo y los discursos políticos basados en concepciones religiosas. No hay que olvidar que el liberalismo inicialmente se inspira en una corriente filosófica, la Ilustración, que tiene en la Iglesia uno de los blancos contra los cuales enfila sus más feroces ataques. Por tanto, cuesta imaginar cómo puede llamársele liberal a alguien que vea en el cristianismo católico “...la gran ideología de enlace de la nación puertorriqueña”⁶ y celebraba el que esa nación hubiese servido durante tres centurias “...como base para la expansión de la civilización cristiana en las Américas”.⁷

Es bien sabido, por otro lado, que uno de los objetivos fundamentales perseguidos por el liberalismo en sus momentos iniciales consistía en “...encontrar mancomunadamente lo razonable y útil sin tener que emplear la fuerza, con argumentos racionales y en discusión pública”.⁸ ¿Cómo conciliar, entonces, la defensa que hace el albuzismo de la violencia, con el rechazo liberal al empleo de la fuerza para la resolución de los conflictos? Lo que ocurre, nos dice Rodríguez, es que la violencia, en el discurso albuzista, era concebida “...como un acto de legítima defensa o como defensa de lo

⁴ **Ibíd.**, p. 235.

⁵ **Ibíd.**, pp. 239-240.

⁶ **Ibíd.**, p. 235.

⁷ Pedro Albizu Campos. **La conciencia nacional puertorriqueña**. San Juan, Compromiso, 1986, p. 38.

⁸ Wolfgang Abendroth & Kurt Lenk. **Introducción a la Ciencia Política**. Barcelona: Ed. Anagrama, 1971, p. 67.

sagrado (la patria y la nacionalidad), pero jamás como un acto de odio sostenido sobre el *afán de poder y expansión*".⁹ Tras este curioso esfuerzo de circunscribir el alcance de la violencia en el discurso albizuista al ámbito de lo defensivo quizá podríamos, prestando un poco de atención, percibir la seductora voz de Renan, cuando advertía que "para todos es bueno saber olvidar".¹⁰ Y es que, con su tesis sobre la violencia defensiva, Rodríguez convenientemente olvida, y parece convidarnos a que olvidemos con él, instancias como la que se suscita en 1933, durante la conmemoración del "Día de la raza", cuando Albizu categóricamente afirma: "Yo creo que es legítimo que si un hombre se levanta aquí a cometer un acto impudoroso, cualquiera tiene derecho hasta a matarlo, si es necesario".¹¹ ¿Será posible imaginar una afirmación más contraria al espíritu liberal? ¿Habrá que insistir en que afirmaciones de esta índole responden a un código de honor "premoderno" -en el que las ofensas se lavan con sangre- que muy poco tiene en común con el culto liberal a la razón?

Pero si curiosa es esta invitación al olvido que parece hacernos Rodríguez al examinar el tema de la violencia en el albuzismo, todavía lo es aún más la vehemencia con que se esfuerza por negar la existencia de vínculo alguno entre la defensa que hace Albizu de la violencia y los proyectos inspirados en un *afán de poder y expansión*. Quizá tenga razón Rodríguez cuando desmiente los argumentos encaminados a presentar a Albizu como un portavoz del expansionismo fascista.¹² Lo que no hay manera de desmentir es la defensa retrospectiva que hace de la violencia en el contexto del expansionismo ibérico: "Todos tienen de nosotros [la Ibero América greco-latina] sus armas espirituales porque nosotros fuimos los que, **a sangre y fuego**, con la cruz de la espada y la espada de la cruz, dimos a la vieja Europa y a la vieja América la tradición de virtud, de valentía, de pundonor, de sacrificio, de desprecio a la muerte y a los bienes materiales, que hacen de nuestra raza hoy la única esperanza del mundo".¹³ ¿Consideraría Albizu la violencia ejercida por España en América como un acto de legítima defensa?

Si me he detenido a examinar con algún detalle las estrategias a partir de las cuales Rodríguez intenta minimizar el autoritarismo del albuzismo y acentuar el carácter

⁹ *El sueño...* p. 229. Énfasis suplido.

¹⁰ Citado en *El sueño...* p. 234.

¹¹ *La conciencia...* p. 216.

¹² *El sueño...* p. 250.

¹³ Citado en *El sueño...* p. 246. Énfasis suplido.

liberal de este discurso es porque pienso que estas dos operaciones podrían dar pie a una lectura encaminada a revalidar, desde un registro poco estridente, la vigencia como guías para la acción de ciertas posturas albizuistas. No hay nada objetable en buscar en figuras del pasado claves para entender el mundo en que nos ha tocado vivir y para orientar nuestras acciones a partir de ese entendimiento. En ese sentido, en el albuzismo seguramente debe haber elementos que ameritan ser rescatados. Pero –y esto es lo fundamental- no es en su vertiente autoritaria donde habría que buscarlos.

Quisiera cerrar mis comentarios aclarando que, aunque efectivamente tuve una intervención bastante directa en la revisión de las versiones iniciales de **El sueño que no cesa**, a partir de cierto momento mi participación fue más bien nula. Por eso he quedado gratamente sorprendido al constatar que lo que originalmente había sido concebido como un ejercicio de aplicación a nuestro escenario histórico de un modelo teórico elaborado para la India, terminó convirtiéndose en una reflexión de gran aliento, bien documentada, en extremo puntillosa, pero sobre todo, generosa. Me siento muy honrado de haber sido invitado a participar en esta presentación. Muchas gracias.